

## LA UCA ANTE EL DOCTORADO CONCEDIDO A MONSEÑOR ROMERO

Ignacio Ellacuría

A los veinte años de la fundación de esta universidad y a los cinco años del asesinato y martirio de Monseñor Romero, ambos, Monseñor y la universidad, vienen a encontrarse una vez más con ocasión del otorgamiento del doctorado en teología. Lo quisimos hacer todavía en vida de Monseñor, pero no fue posible porque las fuerzas de las tinieblas y del odio son a veces más rápidas y eficaces que las fuerzas de la luz y del amor. Han pasado desde entonces cinco años en los que la universidad no se ha olvidado de Monseñor, porque su espíritu e inspiración han seguido vivos en muchos de nosotros como lo demuestran los libros y artículos que sobre él se han publicado, así como otro tipo de actividades. Pero tampoco han estado los tiempos como para celebraciones públicas, aunque fueran éstas de orden académico, porque entretanto la vida y la libertad de los salvadoreños han estado permanente y gravemente amenazadas y, lo que es peor, conculcadas, y el riesgo de que el bien se convirtiera en mal ha sido muy alto. No es que hoy hayan desaparecido o simplemente amenguado los dolores del pueblo salvadoreño, pero hoy es más factible, sin seguridad alguna todavía, volver a echar andar al descubierto por los caminos que Monseñor dejó trazados y que él, mientras estuvo vivo, los recorrió. Hoy sigue siendo apremiante el no callar, el repetir una vez, a la altura de nuestro momento, lo que es fundamental en lo más profundo y vivo de Monseñor. No se trata de hacer un recuerdo funerario que nos excuse de compromisos. La tarea que él

emprendió sigue inacabada, el pueblo que él amó sigue sufriendo dolores de muerte y, por tanto, quien celebra a Monseñor se compromete todavía a cosas muy serias.

Efectivamente, al otorgar el Consejo Superior Universitario de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas el título de doctor en teología *honoris causa* al que fuera arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero y Galdámez, toda la comunidad universitaria debe estar consciente del compromiso que asume. El otorgamiento implica reconocer los méritos del arzobispo mártir, implica también honrarle en la medida de nuestras fuerzas y procurar que su presencia siga viva y eficaz, pero implica sobre todo un compromiso: el de hacer a nuestra manera universitaria lo que él hizo a su manera pastoral. Son dos maneras distintas, pero no dos objetivos distintos ni dos inspiraciones divergentes. Hoy como ayer es necesario seguir haciendo lo que él hacía, cada uno a su modo según sus luces y sus fuerzas. La universidad, universitariamente. Por ello, la universidad, fiel a los mismos reclamos populares que él escuchó, fiel a las exigencias dolientes de la tragedia de un pueblo, cuyo clamor se eleva hasta el cielo, fiel también a los valores fundamentales que movieron audazmente el corazón de Monseñor Romero, se propone renovar sus planteamientos, sus compromisos y sus prácticas para que en lo posible no tengan éxito quienes quisieron apartar del camino a quien decía y hacía la verdad.

Ya el 27 de octubre de 1970 con ocasión de la firma en Washington del primer contrato de préstamo de la UCA con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la UCA, para evitar equívocos, presentó públicamente su posición ante los problemas del país y expresó cuál debería ser la misión de la universidad ante ellos. Entonces se sostuvo que una universidad debe siempre cultivar la verdad, buscándola primero y comunicándola después, pero tratando siempre de hacerla realidad incluso contra quienes, amparados en el engaño o en la ignorancia, quieren ahogarla por la fuerza de la injusticia. Este cultivo de la verdad no debiera contentarse con impulsar el desarrollo, porque tras la neutralidad aparente del desarrollo se ocultan dimensiones profundas del subdesarrollo y se proponen soluciones que no tienen relación inmediata y eficaz con sus causas más hondas. Ya entonces la universidad, no sin el influjo de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín en 1968, sostuvo que en América Latina y, más particularmente, en El Salvador, la paz tenía un nombre bien preciso. No era tanto desarrollo como liberación; sostuvo que la libertad y la justicia exigen en nuestra circunstancia histórica un proceso de liberación, sin duda doloroso y difícil, pero que bien llevado podría dar paso a un hombre nuevo en una tierra nueva, donde la riqueza y abundancia de unos pocos y la miseria insoportable de las mayorías populares se reestructuraran en términos de equidad; donde las palabras justicia, libertad y paz no fueran ya mentiras políticas, sino realidades puestas en marcha y disfrutadas realmente por más y más hermanos salvadoreños. Así el llanto y el dolor darían paso al júbilo, porque en vez del odio o la indiferencia triunfaría el respeto y el amor.

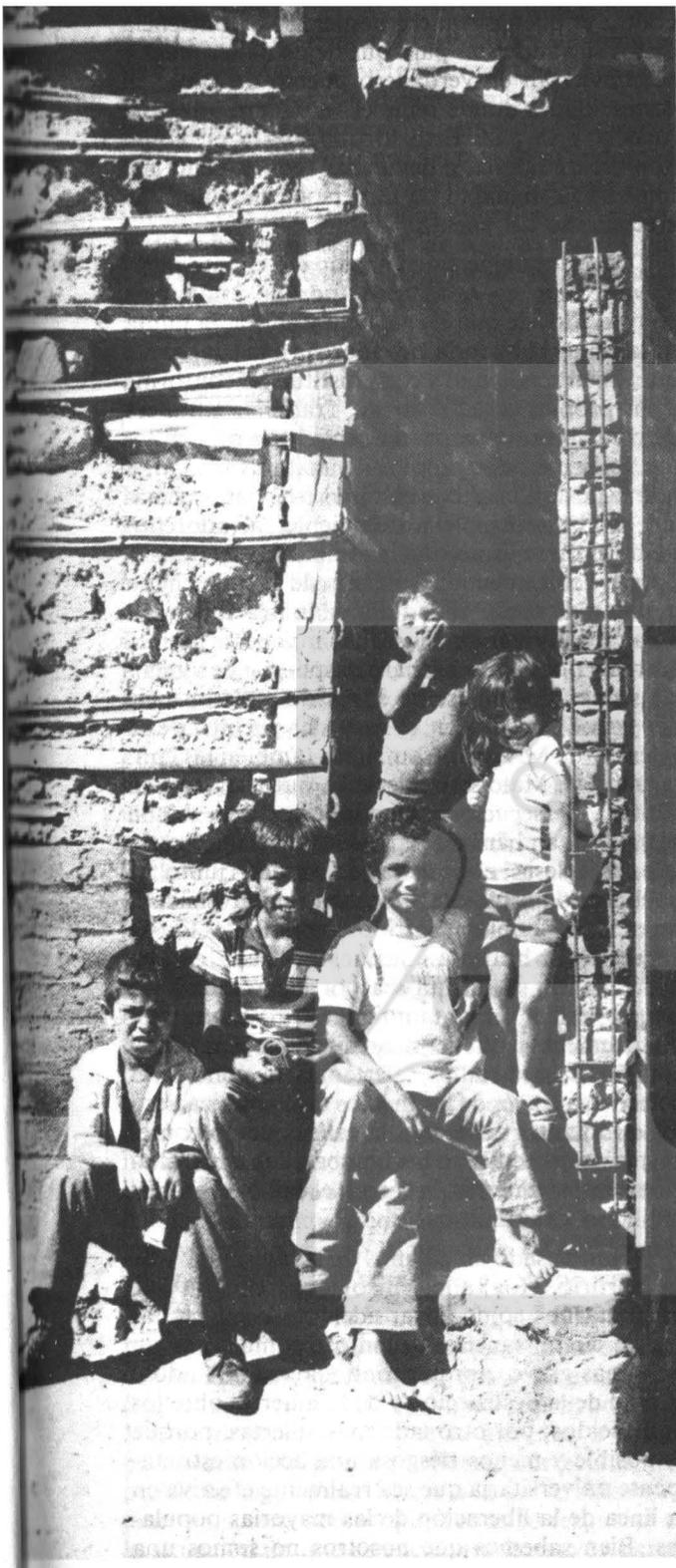
No había llegado todavía Monseñor Romero a la arquidiócesis de San Salvador cuando la universidad había comenzado a moverse en esta dirección y con este espíritu. Por ello vio castigada su osadía de cumplir su misión fiel a la realidad que lo interpelaba. A partir del 10 de enero de 1976 y a lo largo de todo ese año y los siguientes, los enemigos de la verdad, de la justicia y de la paz intentaron acallar nuestra voz con una se-

rie de bombas, las cuales destruyeron algunas de sus instalaciones, pero que no impidieron el que se prosiguiera con el propósito no partidista de procurar la liberación del pueblo salvadoreño.

Pero es con la llegada de Monseñor a la arquidiócesis, cuando la universidad cobra mayor y mejor conciencia de su misión. Se ha dicho malintencionadamente que Monseñor Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente Monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa para la que nos la pidió. Colaboración en el análisis político de la realidad nacional, colaboración también en planteamientos teológicos, especialmente con ocasión de sus cartas pastorales, colaboración en distintas funciones del trabajo arquidiocesano. Pero en todas estas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco. Naturalmente había una cierta interacción porque nunca pretendió Monseñor Romero ser un usurpador y detentador absolutista del poder, del saber y del hacer: él, que se hizo escuchar y obedecer como pocas autoridades de la Iglesia, había aprendido en la humildad de su corazón y en la quietud de la oración a escuchar y a mandar realmente como quien sirve. Completando lo que él solía decir "con este pueblo qué fácil es ser buen pastor," puede decirse "con este pastor qué fácil es ser pueblo de Dios." Monseñor Romero crecía con el crecimiento de los demás, con la vitalidad que le venía de los demás, especialmente de los más pobres, pero a su vez el pueblo crecía con la resonancia y la reviviscencia que le eran devueltas transformadas por Monseñor.

Tiempos de enorme densidad histórica los tres últimos años de su vida, donde nuestra colaboración con él fue mayor; tiempos a los que él

**El doctorado implica reconocer los méritos del arzobispo mártir y procurar que en la medida de nuestras fuerzas su presencia siga viva y eficaz, pero implica sobre todo un compromiso: el de hacer a nuestra manera universitaria lo que él hizo a su manera pastoral.**



añadió una especial intensidad porque con él se dio la pascua, el paso del Señor entre los hombres. La densidad histórica y la densidad teológica se juntaron en sus días para hacer de esos años unos de los más ricos de la historia de El Salvador, que llamaron la atención del mundo entero. Explotaron a la vez tensiones seculares cuando el pueblo quiso empezar a ser de verdad sujeto de su propia historia. Monseñor Romero acertó a descifrar este signo de los tiempos y trató de orientar cristianamente todo un flujo de movimientos sociales que hicieron de El Salvador un punto de referencia de las superpotencias mundiales, pero también una luz nueva, admirada y respetada, por quienes buscan soluciones verdaderas para los hombres y los pueblos, especialmente para los pueblos del tercer mundo. Fue certero en este descriframiento: la explosión popular la vio sobre todo como resultado de una secular injusticia estructural; vio asimismo que eran las mayorías populares las que debieran tomar activa y conscientemente el lugar que les corresponde en el proceso nacional y las animó incansablemente a que así lo hicieran; entendió a fondo la gran riqueza de humanidad, de futuro y de esperanza, que hay entre los desposeídos de la tierra; comprendió dónde radicaba el mal de la dominación y consecuentemente dónde había que encontrar el principio de la liberación; se atrevió a acompañar su marcha al paso de los pobres y los acompañó en sus luchas, denunciando con toda concreción la injusticia que se les hacía y a los responsables de esa injusticia y defendiendo el derecho que los asistía a resistir a la violencia que se les infligía.

Era demasiado para la tolerancia de los poderes de este mundo. Había surgido el gran defensor de la causa de los pobres, pero ya no de los pobres dignos de lástima y de limosna, sino de los pobres que se sentían desposeídos de lo que es suyo y que estaban dispuestos a luchar por ello. Un gran defensor de los derechos reales de los pobres. Había surgido también un gran acusador de toda forma de violencia, sobre todo de la más solapada y cruel. Por sus homilias iban pasando el intervencionismo, los abusos, las cobardías, las corrupciones, las impunidades, los excesos, las complicidades, las omisiones... y así toda nuestra realidad histórica. Todo esto resultó demasiado. En una sociedad configurada por los poderes de la muerte, él, que era promotor de los principios de la vida, no pudo ser tolerado. Como la de su gran maestro Jesús de Nazaret, su misión pública al frente del arzobispado sólo du-

ró tres años. Reunidos los poderes de las tinieblas, decidieron acabar con quien, como en el caso de Jesús, fue acusado de andar soliviantando a la gente desde Galilea hasta Judea, desde Chalatenango hasta Morazán. Y lo acallaron de un tiro mortal por que el pueblo no hubiera permitido que lo crucificaran en público. Sólo así pudieron acallar al profeta. Pero ya para entonces la semilla había fructificado y su voz había sido recogida por miles de gargantas que con Monseñor habían recobrado su voz perdida. Los sin voz ya tenían voz, la suya y la de Monseñor. Y al quedar huérfanos, podían alcanzar su mayoría de edad y convertirse así en padre de nuevos hijos, innumerables como las arenas del mar. Y es que el asesinado era un mártir. Lo mataron porque iluminaba y denunciaba desde el evangelio los males del país y a quienes los perpetraban, pero murió porque el amor de Dios y el amor del pueblo le estaban pidiendo dar su vida en testimonio de lo que creía y de lo que practicaba. Por eso resucitó en el pueblo por el que había muerto, y por eso esperó también la resurrección cristiana en la que confiaba sin asomo de duda.

De múltiples formas puede mostrarse esta unidad indivisa entre la dimensión histórica y la dimensión trascendente de su compromiso cristiano, de la liberación que él anunciaba: la presencia del Dios de vida y libertad lo impulsaba a comprometerse con la historia de su pueblo y la historia de su pueblo quería él elevarla hasta los designios de Dios. Baste con citar un texto de su diario íntimo en donde recoge la rueda de prensa que dio en Puebla con ocasión de la reunión del CELAM: "comencé agradeciendo esta oportunidad de ampliar mi voz en favor de los que no tienen voz y de hacer conocer en la amplitud de sus mensajes el pensamiento de una Iglesia que quiere ser fiel al evangelio. Les describí brevemente la situación económica, social y política de mi país y cómo en este ambiente tan difícil es donde la Iglesia trata de realizar su misión profética, que va a despertar la conciencia de los salvadoreños para que no sean masa, sino que sean hijos de Dios, formando comunidades donde reine el verdadero amor. Y por eso la Iglesia denuncia todo aquello que destruye la dignidad del individuo y, sobre todo, destruye la capacidad de construir un pueblo sobre bases de amor, de justicia y de paz." En estas palabras queda dicho con toda sencillez lo que él buscaba y la razón de su denuncia profética: voz de los sin voz por ser fiel al evangelio en una situación de insufrible injusticia

contra el pueblo; quiere despertar la conciencia de los salvadoreños para que dejen de ser masa y se conviertan en verdadero pueblo de Dios, en comunidades donde reine el verdadero amor, la justicia y la paz. Esto lo obligaba a él, como hombre de Iglesia, a denunciar todo aquello que impedía la dignidad de la persona humana y el crecimiento del pueblo.

Nuestra universidad acompañó cuanto pudo a Monseñor en esta tarea, porque estábamos convencidos de que él era, aquí y ahora, la punta de lanza de la historia salvadoreña a la cual había que seguir, cada uno y cada institución conforme a sus propias características. Tratamos entonces de contribuir universitariamente, esto es, con los medios y métodos propios de una universidad, a que se posibilite, con el mínimo de daños y males, la liberación plena del pueblo salvadoreño, desde el dinamismo que le estaba proporcionando el pueblo mismo; tratamos de introducir un máximo de racionalidad donde la irracionalidad arcaica e interesada buscaba imponerse por la fuerza y por el más bárbaro despliegue de violencia sistemática que se ha conocido en la historia del país. Y, como en el caso del pueblo, de la Iglesia y de Monseñor, sufrimos también las consecuencias. Malo sería, decía él, que la Iglesia no sufriera persecución, cuando el pueblo estaba sufriendo tan bárbara represión; esto significaría que la Iglesia no estaba de verdad junto al pueblo. Lo mismo era aplicable a la universidad, pues si no hubiera sufrido los embates de la represión, hubiera supuesto que estaba traicionando su misión sea por incapacidad sea por cobardía. Levantamos nuestra voz en pronunciamientos públicos, analizamos la realidad con nuestros estudios, alertamos la conciencia colectiva a través de los medios de comunicación, los estudiantes salieron a la calle... como consecuencia se sucedieron las bombas, los ametrallamientos, las muertes, la cárcel, el exilio, el ataque público y calumnioso.

Han pasado cinco años de su asesinato y de su martirio. Hoy, a los cinco años, tenemos que preguntarnos cómo llevar adelante la misma tarea en circunstancias un tanto distintas; por un lado más grave, porque continúa acumulándose el peso de la destrucción y de la muerte sobre los desposeídos; por otro lado más abiertas, porque es posible y menos riesgosa una acción estrictamente universitaria que sea realmente efectiva en la línea de la liberación de las mayorías populares. Bien sabemos que nosotros no somos una

vanguardia política, económica o militar. No tenemos otro poder que el propio de una comunidad universitaria de siete mil miembros que busca juntar el saber con el compromiso histórico. Y eso que tenemos lo que queremos dar, queremos introducirlo en el proceso del pueblo salvadoreño para que, junto con otros afluentes, hacer de él un proceso que traiga vida, libertad y justicia, paz verdadera a las mayorías salvadoreñas. Todo ello desde un compromiso nuevo, sobre el cual reflexionamos hoy a la luz de lo que nos legó Monseñor Romero.

Cinco pueden ser los puntos principales desde los cuales podemos renovar este compromiso.

En primer lugar, una auténtica inserción en la realidad nacional. No se puede ser realmente hombre de espaldas a la realidad circundante y, desde luego, no puede concebirse una universidad de espaldas a la realidad nacional en la que se encuentra. Hemos dicho repetidas veces que esta universidad tiene como objeto propio de sus investigaciones, la realidad nacional. Nos mueve a ello desde luego un principio teórico, pero nos mueve también un principio de justicia. La realidad nacional, esto es, el pueblo salvadoreño, tal como hoy está estructurado en clases sociales, con sus problemas heredados, con sus instituciones sociales, con su tradición y su modo de ser, con sus posibilidades de futuro, es el lugar natural de la universidad y su origen vivificante fuera del cual no tendría raíces. En el caso presente El Salvador es una realidad lacerada, casi herida de muerte, sacudida por más de cincuenta mil asesinatos y cientos de miles de exilados, desplazados o refugiados; es una realidad en la que la mayoría de la población no tiene ni pan que comer, ni salario que ganar, ni aire político que respirar; una realidad en la que las necesidades básicas de la mayoría de la población no sólo no son satisfechas, sino cuya satisfacción se hace cada vez más problemática para hoy y para mañana; una realidad, en fin, trastocada por una guerra que no es sino la expresión de gravísimas contradicciones que desgarran el cuerpo social.

Es esta realidad la que hay que vivir, la que hay que analizar, la que hay que transformar, con la cual hay que comprometerse. Es esta realidad la que mantenía en vigilia permanente a Monseñor Romero, la que lo alentaba a hacer más y más. No puede plantearse correctamente problema alguno que afecte a la universidad sin tener en cuenta cómo va a afectar su respuesta a la situación en que se encuentra la mayor parte

del pueblo salvadoreño. Es un criterio duro y exigente, porque realmente los intereses de las minorías, entre las que económicamente nos encontramos, pueden entrar con frecuencia en oposición con los intereses de la mayorías a las que decimos servir. En un país de extrema pobreza como es El Salvador los universitarios no pueden permitirse estilos de vida que en el mejor de los casos serían propios de países mucho más ricos y menos angustiados.

Esto nos lleva a un segundo punto, que pertenece a la esencia del mensaje político y social de Monseñor Romero. El criterio de validez de cualquier acción política —y qué no es político en la vida pública de los hombres— es el mayor bien de las mayorías populares. Esta es la concreción histórica del bien común para El Salvador y para todos aquellos países como El Salvador, donde la mayor parte de la población vive en situación estructuralmente injusta. El bien común, en situaciones como la nuestra, hay que verlo desde lo que es el mayor bien para las mayorías populares. Ese es el bien común y universal. Cuando a Monseñor Romero le preguntaban si tal acción política, como el golpe del 15 de octubre de 1979, como las propuestas de las organizaciones populares o el pacto de los militares con el Partido Demócrata Cristiano, era buena, no respondía refiriéndose a criterios abstractos como el bien común, la seguridad ciudadana, el bien de la Iglesia institucional, etc., sino a un criterio concreto verificable históricamente: el criterio de lo que fuera mejor para el pueblo, entendido prioritaria y preferencialmente como las mayorías populares oprimidas. Y este criterio debía confrontarse con la realidad, pues es costumbre de los políticos escudar sus intereses de clase o de partido en la gran ambigüedad del bien del pueblo.

Conforme a ese criterio debe preguntarse la universidad lo que debe hacer y lo que no debe hacer desde su especificidad universitaria. Lo hemos dicho repetidas veces, pero es hora, en este nuevo aniversario de Monseñor Romero, de repetirlo una vez más. Esta universidad no debe buscar últimamente su bien propio, a no ser que consideremos que su bien propio esta fuera de ella, en el servicio a las mayorías populares. La universidad no debe estar dirigida últimamente a mantener una clase universitaria a la que se podría privilegiar cada vez más, ni está dirigida principal y prioritariamente a conseguir que un pequeño número de salvadoreño logre un título profesional que lo sitúe en mejor posición para



luchar egoísticamente por sus propios intereses. Mucho menos está dirigida a reproducir el desorden institucional actual y la estructura de clases que lo sustenta. Está dirigida, para eso fue fundada, aunque no hubiera total claridad en el momento de la fundación, y para eso es mantenida, a que todo El Salvador alcance una vida mejor. Pero esa vida mejor no lo será para todos si es que no se presta una atención preferencial a las mayorías que hoy apenas pueden subsistir. José Simeón Cañas decía que en un pueblo libre no puede haber esclavos, lo cual viene a significar que un pueblo que cuenta con un número mayoritario de esclavos, no es ciertamente un pueblo libre y si el pueblo no es libre es falsa e injusta la libertad de unos pocos que sustentan su libertad en la esclavitud de las mayorías. Es este un pensamiento hegeliano, pero cuyas raíces son estrictamente cristianas. Entre nosotros esa esclavitud se da: esclavos del hambre, de la penuria, del desempleo, del terror, de la enfermedad. ¿Cómo hablar así de libertad en un pueblo donde lo que predomina es la esclavitud?

Un tercer punto es también esencial en el mensaje de Monseñor Romero: la busca de la paz justa, de la paz con justicia. Se le ha acusado de ser un provocador del odio, de la lucha de clases, en definitiva, de la violencia. Nada más lejos de

la verdad. De lo que más quería ver libre a su pueblo era de violencia y de lo que más lleno lo quería encontrar era de amor. Se lo pedía su corazón de salvadoreño, hermano en verdad de todos los salvadoreños, y se lo pedía así su corazón de cristiano que, si tenía una opción por los pobres, no excluía de su preocupación y de su cuidado a los ricos. Pero no se dejaba engañar por falsas promesas de amor ni por fáciles denuncias de la violencia. En sus cartas pastorales, en sus homilias dominicales, se enfrentó de lleno con el problema de la violencia sin caer en la generalización equívoca de que la violencia es mala venga de donde venga. Lo será, pero de distinto modo. Y esos distintos modos fueron muy estudiados por él y, consiguientemente, fueron tratados de distintas formas. No es hora aquí de analizar su muy cuidada presentación del problema de la violencia, tanto en su formulación teórica como en sus modos prácticos de combatirla y de denunciarla. Sólo los violentos de corazón pueden ver en la actitud de Monseñor Romero una inclinación hacia la violencia y hacia el odio. El no era ingenuo y tampoco utópico, no lo era cuando las ingenuidades y las utopías eran los medios ideologizadores para hacer subsistir la violencia estructural e institucional que viene oprimiendo secularmente en El Salvador a las mayorías populares.

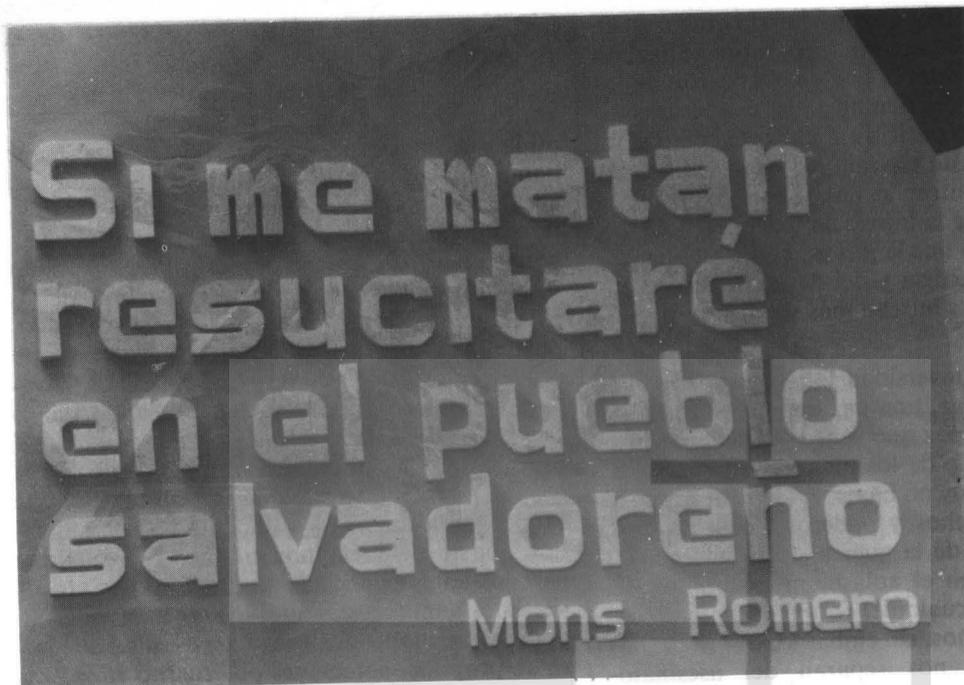
Dicho esto, hay que insistir sin embargo en que Monseñor Romero era un hombre de paz, un hombre que buscaba la paz en el corazón de los hombres y al mismo tiempo en las estructuras sociales. No fue un pacifista a ultranza, pero sí un hacedor de paz, un buscador de los medios más útiles para encontrar la paz. Sabía bien que la guerra es obra de la injusticia y del deseo de dominación y sabía que la paz es, consecuentemente, obra de la justicia y del deseo de armonización entre quienes buscan más servir que ser servidos.

A nuestra universidad le toca hoy también trabajar por la paz, una paz que no venga de la guerra, sino una paz que venga del acuerdo profundo y razonable de los intereses en conflicto. En El Salvador hoy no hay paz, sino guerra, y, al parecer, son muchos y poderosos los que prefieren el camino de la guerra para conseguir la paz, que prefieren el aplastamiento militar del adversario sobre cualquier forma de acuerdo negociado. Cinco años, sin embargo, de guerra, los cinco años que nos separan del asesinato-

martirio de Monseñor Romero, víctima de la violencia, nos están indicando que este camino de la guerra ni es racional, ni es justo ni es efectivo. Este camino de la guerra ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Ciertamente, muchas cosas han cambiado en El Salvador en razón del conflicto social, cuya expresión hoy más dramática es la guerra, y ha sido ese conflicto el que ha obligado al país entero a reconsiderar a fondo sus problemas y a hacer caso seriamente de las necesidades y de las capacidades de las masas populares a la hora de configurar lo que debe ser un proyecto histórico viable y justo para El Salvador. Pero la guerra hoy está causando daños enormes que deben terminar cuanto antes. Y mientras no termine, debe humanizarse. Para terminar con ella habría que recordar la carta de Monseñor Romero al presidente Carter pidiéndole que no enviara ayuda militar a El Salvador y las constantes exigencias de que se respetasen los derechos humanos de todos los salvadoreños. No podemos ser ingenuos como universidad a la hora de proponer soluciones por cuanto el análisis



**La densidad histórica y la densidad teologal se juntaron en sus días para hacer de esos años unos de los más ricos de la historia de El Salvador.**



**Lo mataron porque iluminaba y denunciaba desde el evangelio los males del país y a quienes los perpetraban, pero murió porque el amor de Dios y el amor del pueblo le estaban pidiendo su vida en testimonio de lo que creía y de lo que practicaba.**

político muestra una difícil complejidad, que no puede resolverse únicamente con buenos propósitos de índole predominantemente ética. A la orientación profética y pastoral de Monseñor Romero debe la universidad aportar la mediación de sus análisis científicos. Pero precisamente son estos análisis los que están reclamando que busquemos la paz por medio del diálogo y por medio de soluciones a los problemas objetivos y subjetivos que dieron paso a la guerra.

Un cuarto punto, importante en el mensaje de Monseñor Romero, es también de gran relevancia para nuestro compromiso actual: la construcción esperanzada de un futuro mejor para el pueblo salvadoreño. Hay mucho por hacer y es difícil hacerlo sin un gran acervo de esperanza. La esperanza de Monseñor Romero era más fuerte que la realidad desesperanzada que todos los días tocaba a sus puertas; la fuerza del mal, su omnipresencia, no era capaz de destruir su confianza en la fuerza del bien. Sobre dos pilares apoyaba su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una

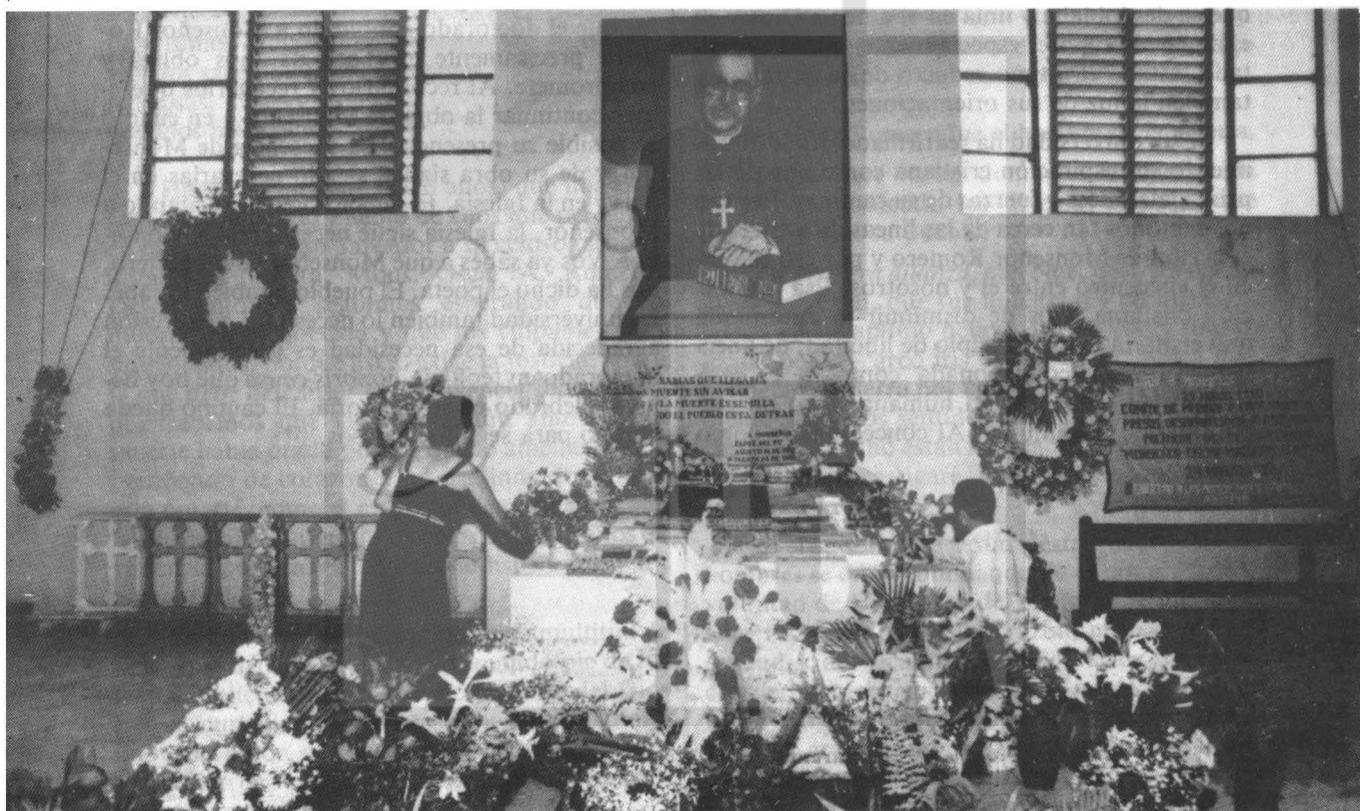
capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar trascendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal. Esa esperanza no sólo lo hacía superar cualquier tentación de desaliento, sino que lo animaba a seguir trabajando, consciente de que su esfuerzo no iba a ser baldío por más que fuera corto en el tiempo.

A la universidad le toca hoy despertar más y más esperanza, mostrando sobre todo que hay soluciones para el país, por más que estas soluciones sean difíciles y costosas. La esperanza no es, sin más, optimismo ni consiste en esperar que los otros resuelvan los problemas. Mucho de éstos no se resuelven por culpa de otros, pero no por eso debemos olvidar nuestra responsabilidad en lo que ocurre de malo y en lo que deja de ocurrir de bueno. Hay que poner cuanto antes manos a la obra con desinterés, con lucidez y también con sacrificio. El Salvador necesita de mucho trabajo; no saldremos de la situación actual sin mucho trabajo. Arraigados en la espe-

ranza es preciso trabajar hoy más que nunca, cada uno en el puesto donde más pueda rendir hasta quedar exhausto, hasta dar todo lo que tenemos dentro. El anuncio debe ser más fuerte que la denuncia. Hay que desescombrar, hay que desalambrar, pero hay también que construir y que arar. Hay que dar razones para esperar y estas razones no pueden ser puras palabras, sino tareas bien definidas, que requieren mucho pensamiento y mucha creatividad. La universidad no puede quedarse atrás en este trabajo esperanzado, sino que debe ser uno de los promotores de esa esperanza, la cual si no es asumida por toda la población, no tendrá resultados. La tarea está llena de dificultades, tanto por la gravedad de la misma como por la situación desde la que debe ser emprendida. Pero no por eso hay que desfallecer.

Finalmente y, en quinto lugar, no puede de-

jar de mencionarse un elemento esencial de la vida y del mensaje de Monseñor Romero, sin el cual no se comprende a cabalidad su obra. Es la inspiración cristiana que movía todo su actuar. Es este un dato indudable para todo aquél que lo conociera personalmente, para el que sopesara todo el conjunto de su actividad y para quien haya tenido acceso a su interioridad espiritual. Como el justo, Monseñor vivía la fe y vivía de la fe. Por eso no le importaba morir. Era la fe de siempre, la fe de sus mayores, la fe del pueblo, sólo que vivida de un modo renovado, intenso y personal. Por su fe había pasado ciertamente el Vaticano II y Medellín. También Puebla, no le fue fácil, tuvo que convertirse, tuvo que cambiar profundamente, pero la gracia fue más fuerte que su pasado. Como él lo decía, fue la sangre del padre Rutilio Grande mezclada con la sangre del pueblo la que despertó definitivamente su



Romero shrine, cathedral, San Salvador.

**Los 5 años que nos separan del asesinato martirio de Mons. Romero nos están indicando que este camino de la guerra ni es racional, ni es justo ni es efectivo. Este camino de la guerra ya ha dado de sí todo lo que podía dar.**

## Sólo los violentos de corazón pueden ver en la actitud de Mons. Romero una inclinación hacia la violencia y hacia el odio.

conciencia. Pero este cambio no supuso abandono de la fe, sino su purificación y su desarrollo práctico en tareas nuevas que antes no hubiera soñado. Hombre de mucha y profunda oración, hombre de radical contextura religiosa, mostró cómo puede operativizarse la fe hasta convertirse en testimonio irrefutable. Pocos como él han hecho respetable la fe cristiana, pocos como él han hecho viva y operante la fe del pueblo, que de ser opio en algunas ocasiones se convirtió en fermento. No se cansaba de anunciar el evangelio, era sobre todo un anunciador del evangelio. Pero creía tanto en él que le parecía debiera meterlo en todas partes y no sólo en el corazón de los creyentes. Hombre de Iglesia, leía el sentido de la fe desde toda la tradición y siempre en comunión con el magisterio universal. En esa fe que se desdoblaba y unía en el amor a Dios y en el amor al hombre, especialmente al más necesitado, estaba el último reducto de su fortaleza y también la luz de sus orientaciones.

Esta universidad ha reafirmado desde un comienzo su inspiración cristiana como una de las principales luces y fuerzas de su caminar. Por eso nos sentimos tan cerca de las líneas directrices de la acción de Monseñor Romero y por eso fue fácil el encuentro entre él y nosotros. Esa inspiración cristiana lejos de disminuir la autonomía universitaria es un principio de libertad, de libertad situada y condicionada como es el caso siempre de toda libertad humana, pero no por eso libertad disminuida. Al concebir la fe como

principio de liberación, cuyo origen último y destino final es Dios mismo, y al ponerla en marcha desde la opción-preferencial por los pobres que el santo padre ha resaltado en los últimos meses como una dimensión esencial de la más pura y exigente fe cristiana, no podemos menos de ver una potenciación mutua entre la fe que viene de arriba y el clamor de los pobres que viene de abajo, entre las exigencias más profundas de la fe y las exigencias más profundas del quehacer universitario. Como signo externo de este compromiso, el día de mañana se bendecirá e inaugurará una amplia capilla, respondiendo así a la petición que el propio Monseñor nos hiciera para reconfortar y alimentar nuestra fe y, en definitiva, la unión del hombre con el Dios de la vida y de la libertad.

Tales son algunos de los puntos esenciales a los que el doctorado concedido a Monseñor Romero precisamente en Teología, nos obliga y compromete. Al recordarlos y recogerlos queremos continuar la obra de Monseñor y en cuanto es posible su presencia. La presencia de Monseñor y de su obra siguen siendo necesarias en el país y en la Iglesia. El pueblo sigue necesitando a Monseñor, la Iglesia sigue necesitando a Monseñor. Vos ya sabés a qué Monseñor yo me refiero, nos ha dicho el poeta. El pueblo también lo sabe. La universidad también lo necesita. La expresión agradecida de esa necesidad es precisamente el doctorado en teología *honoris causa* que hoy hemos celebrado en su memoria. El camino queda abierto para seguir sus pasos.